

suspender las penas en que los agresores incurran, sea cualquiera su clase y condicion. Si al paso que tales remedios se aplican con verdadero celo á combatir el mal que lamentamos, escritores ilustres, animados de espíritu recto y filosofía racional, unen sus esfuerzos á los que la Iglesia y la naturaleza emplean para desterrar este legado de las bárbaras edades, es indudable que desaparecerá completamente, como desapareció el sistema de la caballería andante, que con él tenía bastantes puntos de contacto; y cuando semejantes recursos no pareciesen suficientes, advertimos que mucho menos lo han sido para borrar ese padron de sangre, contrasentido afrentoso de los adelantos sociales modernos, las penas escesivamente severas señaladas en la pragmática de Felipe V (1), nulas desde un principio á causa de su misma enormidad.

DIONISIO CHAULIÉ.

### NICOLAS FLAMEL Y SU LIBRO MISTERIOSO.

LEYENDA DEL SIGLO XIV.

Los nigromantes y hechiceros, los brujos y alquimistas, y otros impostores por el estilo, exigen casi siempre alguna remuneracion para iniciar en sus misterios á los necios y supersticiosos, que llevados en alas de una impertinente curiosidad suponen que la suprema dicha del hombre consiste en rasgar el velo con que la naturaleza encubre sus secretos y en acumular tesoros sin penas ni trabajos. Pero si toda esa gente, que posee la clave de las ciencias ocultas puede disponer á su antojo de los elementos y las fuerzas de la naturaleza, si puede evocar los espíritus y obligarles á que le revelen lo pasado, que ignora, lo futuro y hasta los parajes donde hay grandes tesoros escondidos ¿por qué se empeña en explotar las bolsas ajenas, si puede tener siempre atestadas de monedas las suyas, sin poner en juego, con artificio, sutilezas ni ardides de mal genero? Acordémonos de Leon X, acordémonos de ese gran papa, espléndido y generoso Mecenas de los verdaderos sábios. Habiéndosele presentado un alquimista con la exagerada y ridícula pretension de obtener un premio por haber encontrado el gran secreto de la piedra filosofal, á costa de repetidos sacrificios y largos desvelos, Leon le ofreció una bolsa, y le dijo que un alquimista, que tenia ya á su disposicion todos los teso-

ros del mundo, no necesitaba mas que guardarlos. Pero, á pesar de que la ciencia hermética no ha dado nunca felices resultados, un reducido número de hombres crédulos vive en la intima persuasion de que puede realizarse, andando el tiempo, la transformacion de todos los metales en oro; y en la Edad media esta creencia, muy generalizada, dió origen á la leyenda, que vamos á narrar, porque el cambio repentino de fortuna de Nicolás Flamel, que llegó á ser muy rico en un corto número de años, sin haberse podido averiguar de que modo, se atribuyó á la piedra filosofal, cuyo secreto habia encontrado, segun el vulgo afirmaba.

Se ignora el año del nacimiento de Nicolás Flamel, y el país que le sirvió de cuna; pero se cree con visos de mucha probabilidad, que fué natural de Poitou, y sabemos terminantemente que floreció en el siglo XIV. Sea como fuere, lo cierto es, que la ciencia le debe grandes adelantos, y que descubrió muchos secretos químicos, como diremos despues de haber espuesto todos los pormenores, que se hallan consignados en su leyenda.

Dícese que en una noche muy rígida de invierno apareció á Nicolás Flamel un espíritu celeste con un libro abierto en sus manos, y cuya encuadernacion, que era de cobre, y estaba maravillosamente dibujada, despedia rayos de brillante luz. Sobre el frontispicio de ese libro misterioso se leian, grabadas en letras de oro, las palabras siguientes: *Lo hizo Abraham, y lo dedicó al pueblo judaico.* El espíritu celeste, que era un ángel, se acerca á Flamel, y le dice: *Mira este libro: es ininteligible para el vulgo, y en este momento lo es tambien para ti, pero llegará un dia en que tú descubrirás en sus páginas lo que ningun otro mortal puede descubrir.* Flamel oye estas palabras, y alarga con anhelo ambas manos para apoderarse de tan precioso libro; pero ¡espectáculo asombroso! la vision ha desaparecido ya, dejando detrás de sí una lluvia de reluciente oro.

Flamel habia echado en olvido con el trascurso de los años su vision fantástica, y no esperaba verla realizada, cuando un dia en una multitud de libros y mamotreto, que acababa de adquirir, encontró un manuscrito, cuyo frontispicio era muy parecido al del libro misterioso, que el ángel le habia enseñado en su sueño profético. La leyenda, hablando de una obra apócrifa, y que falsamente se atribuye á Flamel, dice que este gran sabio, lejos de negar su precioso hallazgo, se espresa en la forma siguiente acerca del particular: «Yo, Flamel escritor, y que despues de la muerte de mis padres me ganaba la vida en el estudio de un escribano público, redactando inventarios, arreglando cuentas y calculando los gastos de tutores y menores, tuve la suerte de adquirir por la cantidad de dos florines (1) un manuscrito dorado muy viejo y muy grande. Su encuadernacion era toda de cobre muy sutil, y estaba dibujada con letras ó mas bien figuras muy estrañas.» Luego da una amplia descripcion de ese gran códice, y dice que contenia veinte y un pliegos, que no eran papel ni pergamino, como en los demás libros y manuscritos, sino pedazos de cortezas muy finas de árboles. De siete en siete pliegos se encontraba uno adornado con figuras, sin letreros. En el primero de esos pliegos estaban dibujadas una larga vara y dos serpientes en actitud amenazadora, y que parecían prontas á devorarse; en el segundo habia una serpiente clavada en una cruz; en el tercero y último se veia una grande extension de terreno árido y desierto, pero poblado de hermosas fuentes, cuyas aguas limpias y cristalinas parecían facilitar

(1) Forma la ley II, tit. 20, lib. 12 de la Novísima Recopilacion. Por ella se declara infame el delito del duelo. Imponela pena de muerte y confiscacion de bienes á los desafiados, ó á cualquiera de ellos que salga al sitio convenido para reñir, aunque no haya riña, muerte ni herida, declarándose como desafio cualquier pelea tenida en distinto tiempo y lugar, poblado ó despoblado, en sitio retirado ó á deshora en que sobrevino el motivo de la cuestion. A los que propusiesen el desafio ó interviniesen en él de cualquier modo, los castiga con perdimento perpetuo de bienes, oficios, rentas y honores, hábitos militares y declaracion de alevos. Manda tambien que los que vieren cometer el crimen susodicho y no le embarazaren pudiendo, ó no dieren parte á la justicia, sean condenados á seis meses de prision y en la tercera parte de sus bienes: que se comprendan en esta ley los que se batan en territorio extranjero, y determina por fin que nunca pueda prescribirse este delito. No hemos encontrado noticia de un solo ejemplo en que tan eficaces penas se hayan aplicado con toda su rigurosa severidad.

(1) Veinte reales.



el paso á una multitud de culebras, que caidas en el suelo, atravesaban por do quiera el campo. En el frontispicio de la obra se leian en letras mayúsculas estas palabras: *Abraham el judío, príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo á la gente judáica, dispersada por la ira de Dios en las Galias, salud D. I.*

Estaba ya en las manos de Flamel el gran códice misterioso; y nuestro sábio, despues de haber leído atentamente su frontispicio, vió que el tercer pliego contenia en caracteres latinos, muy claros, un relato sencillo y preciso de todos los procedimientos necesarios para la trasformacion de los metales; pero ¡ay desventura! el autor habia pasado por alto la materia inorgánica que era menester emplear ante todo como base de la penosa y difícil operacion.

El infeliz Flamel se desvelaba leyendo y estudiando muy detenidamente el manuscrito, y lo entendia todo; pero, á pesar de sus repetidos esfuerzos, no le fué nunca posible dar con la materia primitiva, que pudiera servirle de cimiento y base para la trasformacion de los metales. Puso á parte del secreto á Pernela, su amada y jóven esposa, la cual se prendó de aquel hallazgo inesperado con tanta exageracion, que no podia hartarse de mirarle, como nos lo confirma la leyenda, diciendo que Flamel se espesaba en estos términos, hablando de su manuscrito y de Pernela: «Tan luego como mi esposa vió el precioso libro, le amó tanto como yo, y se llenaba de placer y regocijo contemplando su encuadernacion, sus dibujos, sus figuras y sus retratos.»

No habiendo podido adivinar Flamel el gran secreto de la piedra filosofal, porque no hablaba su manuscrito de la materia primitiva que debia servir de base y punto de partida á todos los procedimientos ulteriores, consulta acerca de un punto tan árduo á muchos eminentes sábios, sus contemporáneos; pero nadie sabe contestarle satisfactoriamente, por lo que, despues de haber hecho un voto solemne á Santiago de Compostela, viste el hábito de peregrino, se echa una alforja al hombro, abraza cariñosamente á su Pernela, y se pone en camino apoyado en un bordon.

Durante su largo y penoso viaje atraviesa los Pirineos, hostigado por el hambre y el frio, entra en España, llega á Galicia y cumple su voto.

Bien fuese un gran milagro debido á Santiago, como en la leyenda se espresa, ó el acaso únicamente, lo cierto es, que Flamel dió con un judío de Leon, que le aclaró todos los pasajes mas oscuros y enigmáticos del famoso manuscrito, y que le reveló el gran secreto de la piedra filosofal, indicándole la materia primitiva inorgánica de que debia echar mano para la trasformacion de los metales. Entonces Flamel vuelve á Francia, y va á Paris en donde ha dejado á su fiel y amada esposa, la comunica el éxito feliz de su larga peregrinacion, los dos trabajan en la GRANDE OBRA (1), y acumulan inmensos tesoros. Flamel, llevado en alas de su mucho entusiasmo, y ya poderoso y rico, manda erigir un gran monumento, en que figuran, esculpidas en mármol, su propia efigie y la de Pernela, entrambos hincados de rodillas, en actitud de orar, y á fin de que no ignoren los venideros el don que benignamente el cielo le ha concedido, eterniza su memoria con esta inscripcion: *El que quiera conocer mi llegada á Paris y la alegría de Pernela, que nos contemple á los dos en esta actitud tan devota: yo doy gracias á Santiago de Galicia postrado á sus piés, y*

*Pernela á San Juan, cuyo nombre repetidas veces invocó.*

Los arqueólogos hablan de ese gran monumento, que existió por el trascurso de largos años en el antiguo cementerio de los Inocentes en Paris; pero se cree con fundamento, que le mandaron erigir, algun tiempo despues de haber bajado á la tumba Flamel, los mas aficionados á la ciencia hermética, y muy persuadidos de que aquel sábio habia descubierto el gran secreto de la piedra filosofal.

No cabe duda que un cambio muy repentino de fortuna da márgen á sospechas y conjeturas mas ó menos probables, y que en las épocas de ignorancia y supersticion se atribuye casi siempre á causas sobrenaturales ó muy extraordinarias; pero autores de mucha nombradía y documentos fidedignos, desmienten el aserto de que Flamel llegó á ser hombre opulento, acumulando montones de oro en un corto espacio de tiempo. Su testamento auténtico y su codicilo, depositados en los archivos de la parroquia de *Saint-Jacques la Boucherie* en Paris, dan á conocer que Flamel dejó una herencia muy modesta, y unas pocas mandas á iglesias y cofradías para repartirlas entre pobres y menesterosos, y celebrar misas para descanso y paz de su alma.

En la larga y minuciosa biografía que tenemos de Flamel no se habla de alquimia ni de ciencias ocultas, y éste sábio figura únicamente como un hombre laborioso. Los iniciados, sin embargo, en la ciencia hermética, le atribuyen una multitud de obras apócrifas, cuyos nombres vamos á consignar: *Trasformacion metálica*, tres tratados en ritmo francés: *La Fontana de los amores de las ciencias*, *Las Advertencias de la naturaleza al alquimista errante*, con la respuesta de Juan de Meung, el *Sumario filosófico*, atribuido al mismo Flamel, *El deseo deseado ó Tesoro de Filosofía*, *El libro de las seis palabras*, que va unido al *Tratado de azufre* del Cosmopolita, y á la *Obra real* de Carlos VI, Paris 1618, 1629 en 8.º *La Grande aclaracion de la piedra filosofal para la trasmutacion de los metales* en 8.º Paris 1628. El editor de este libro promete terminantemente: *La perfecta alegría de mí mismo y de mi esposa Pernela*, escrita por Flamel; pero esta obra no ha visto jamás la luz pública. Se le han atribuido, por último, *La Música química*, opúsculo muy raro, y otros mamotretos, que ni siquiera merecen ser mencionados.

El abate Villars, literato de alguna fama, y que tuvo la desgracia de morir asesinado en 1673, trasformó á Flamel en conde de Cabalis en sus *Discursos sobre las ciencias*, obra en que revela con sal ática y chistes de muy buen género todos los misterios de la cábala y de la sociedad de los Rose-Croix, fraccion de la secta masónica.

No queremos, finalmente, pasar por alto que en 1818 uno de aquellos caballeros de industria, que viven siempre á costa del país, repartió en todos los cafés de Paris un papelucho en que decia, que él era el célebre Nicolás Flamel, y que hacia mas de cuatro siglos que buscaba la piedra filosofal, calle de Marivaux en Paris; que habia recorrido todo el globo habitado, y que mediante el *elixir* de la vida, que habia encontrado por su buena ventura, se hallaba en el caso no solo de haber adquirido conocimientos mas vastos que los que todos los demás alquimistas poseian, sino tambien en a posibilidad de prolongar sin término su existencia; que hacia el oro cuando se le antojaba, y que los que deseaban conocer el secreto de la piedra filosofal y constituirse una renta de un millon ochocientos mil francos anuales, podian presentarse en su casa, calle de Cléry núm. 22 y tomar una inscripcion, que costaba trescientos mil francos. El papelu-

(1) Es el nombre que dan los alquimistas á la trasformacion de los metales en oro.



cho cundió por todo París; pero en atención á que nadie quiso desembolsar la espresada cantidad, el GRAN SECRETO DE LA PIEDRA FILOSOFAL quedó oculto, y el nuevo alquimista, á pesar de su AURIFERA VIRTUD, salió de Francia tan pobre como había entrado.

Volviendo á Flamel, despues de esta breve digresion, decimos que algunos han llevado el delirio hasta el extremo de afirmar que Flamel y su esposa no han bajado al sepulcro por haber adquirido la inmortalidad; que fingieron morir para sustraerse á la codicia ajena, y que recorren todavía la tierra, pasando de uno á otro país. Absurdos semejantes no merecen refutacion ninguna; y nosotros desterrando al reino de las fábulas todas las inmortalidades de este mundo fingidas, supuestas ó inventadas, vamos á poner término á esta leyenda, consignando en un reducido número de renglones lo que debe real y positivamente la ciencia á Flamel, y lo que resulta de su biografía.

El autor, que escribió su vida con buen juicio y refinada crítica, dice que Flamel despues de haber cumplido escrupulosamente con sus obligaciones, destinaba al estudio todas las horas que le quedaban para su descanso; que fué un buen caligrafo, y que escribía con mucha correccion; que además de la multitud de obras apócrifas que se le atribuyen, hay otras salidas indudablemente de su pluma, las cuales atestiguan que cultivó con éxito feliz, las ciencias naturales, la química, y también la medicina; que fué un hombre de costumbres muy puras, amante de su familia y buen católico; que hermanó siempre sus estudios con la práctica de todas las virtudes sociales, y con el ejercicio de los deberes religiosos; que fué muy caritativo; que dotó iglesias y fundó hospitales; que viajando por Italia se dió á conocer por hombre muy entendido y versado en todas las ciencias y que sus restos mortales fueron enterrados

en *Saint-Jacques de la Boucherie* en París el año de 1413

En cuanto á su cambio de fortuna muy repentino y á su mucha riqueza, si queremos atenernos á lo que nos ha dejado escrito el autor de su biografía, podemos afirmar con certeza que Flamel llegó á ser un hombre acomodado y no opulento, y que debió su fortuna á su mucha laboriosidad, á su industria y economía, y al haber recibido en depósito los capitales de algunos judíos, que viéndose perseguidos en Francia, y obligados á emigrar, murieron en el destierro antes de haberlos retirado, así que Flamel se quedó libre poseedor de muchas cantidades, que empleó en su beneficio. Otros escritores dicen, por el contrario, que Flamel no tuvo mas riqueza que las pequeñas ganancias de su trabajo, y que las mandas que dejó á iglesias y cofradías fueron muy mezquinas; que no fundó hospitales ni edificó iglesias, y que lejos de disfrutar de mucha fortuna, vivió siempre con su Pernela en una casa muy pobre y reducida. Nosotros nos atenemos con preferencia á lo que dice su biógrafo, porque su aserto se apoya en el testamento y codicilo del mismo Flamel.

Los que deseen tener mas noticias acerca de Flamel, de su libro misterioso, de su esposa Pernela, y del estado y los progresos de la alquimia en el siglo XIV y en otros anteriores, podrán consultar la obra de Pouchet, titulada: *Historia de las ciencias naturales en la Edad media*, París, 1853 (en francés). En este libro de gran mérito los lectores, no solo encontrarán una multitud de noticias y pormenores sobre la química y todas las ciencias experimentales en general, sino también una abundante cosecha de citas eruditas y peregrinas de todos los autores mas sábios y de mas nombradía, que han dado á conocer la importancia de la historia literaria y científica de la Edad media.

SALVADOR COSTANZO.

## MITOLOGIA MODERNA.



El suplicio de Tántalo.





# INDICE

## DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- El cuento, por Steinle, página 2.  
El asedio de Madrid, por don Dionisio Chaulié, págs. 2 y 27.  
La música y los músicos, pág. 8.  
Del amor á la patria, por don Salvador Costanzo, pág. 11.  
La América tal cual es; viaje anecdótico del pintor Marcelo Bonneau, páginas 13, 32, 58, 87, 103, 131 y 150.  
Del Etna al Atlas, por don Salvador Costanzo, pág. 20.  
Jacinto Rigaud, pág. 25.  
Ensayos poéticos y artículos en prosa de don Juan Eugenio Hartzenbusch, obras de encargo coleccionadas por él mismo, por don Salvador Costanzo, págs. 38 y 51.  
Las tribulaciones de la infancia, página 43.  
La pérdida de una madre, por don Luciano García del Real, pág. 45.  
La casa de Pilato en Sevilla, pág. 46.  
Ascension de Roca-Curva, pág. 50.  
Viaje á la luna, apólogo por Lineo, página 50.  
María, por don Roman Doldan y Fernandez, página 57.  
Miscelánea histórica de sucesos notables.—De las justas y torneos y desgracias sucedidas en ellos, por don Dionisio Chaulié, página 63.  
Idea de la humanidad, por G. de Humboldt, pág. 67.  
La obediencia y medios de obtenerla por parte de los niños, págs. 67 y 73.  
De los juegos, y con especialidad de las loterías, por don Salvador Costanzo, pág. 80.  
Paralelo entre la música alemana y la italiana, por don Salvador Costanzo, página 84.  
Apuntes sobre Felipe II, por F., página 97.  
Consecuencias de un capricho, por don Dionisio Chaulié, págs. 99 y 138.  
El Emperador y su historiador, por A. Fouquier, pág. 107.  
De la necesidad é importancia de seguir un buen método regular y constante en los estudios indispensables para los jóvenes que aspiran á distinguirse por su esmerada educación, por don Salvador Costanzo, páginas 113 y 146.  
Iglesia de San Gomar en Lieja (Bélgica), página 119.  
El marabut Sidi-Ali de Constantina, página 121.  
La pluma de ave y la pluma de acero, por el señor conde de Fabraquer, página 122.  
¿Cuál es el objeto? por Forster, página 124.  
Argel bajo la dominación francesa, por don Salvador Costanzo, pág. 124.  
Iglesia de San Antonio de Pádua, página 136.  
El Gran Hotel de París, pág. 142.  
El parque de Lillia, pág. 145.  
Escursion al Etna y viaje á Malta, por don Salvador Costanzo, pág. 156.  
El Sacristan de cuatro eses, por don Dionisio Chaulié, págs. 159 y 180.  
La butaca del capitán, pág. 164.  
Música de salón, pág. 167.  
Fiesta de la siega en el Palatinado de Sandomir (Polonia), pág. 169.  
El amor considerado en sus relaciones con la familia y el cuerpo social, por don Salvador Costanzo, pág. 170.  
Hipólito Bellange, pág. 176.  
Un doctor inglés, pág. 186.  
Antiguo tribunal de Cuentas de Normandía en Rouen, pág. 188.  
Un episodio de amores, por F., página 190.  
Acrá.—Dahomey, por el vizconde de San Javier, página 194.  
El último día de un gran soberano, ó aventuras de un soldado viejo, por don Dionisio Chaulié, pág. 196 y 218.  
Una excursion á la Ferte-Milon, por R. Cortambert, pág. 202.  
Estudios biográficos.—Don Angel Saavedra, duque de Rivas, por don José Muñoz y Gaviria, pág. 206.  
Coebergheer, pintor, arquitecto é ingeniero, pág. 203.  
De las leyendas en general y descripción del Purgatorio de San Patricio, por don Salvador Costanzo, página 210.  
El hotel de Nassau en Nuremberg, página 215.  
Castillo de Heidelberg, pág. 217.  
Los pastos de los Alpes, pág. 225.  
Raimundo Lulio, por don Salvador Costanzo, pág. 226.  
Historia natural de sobremesa.—Monografía anecdótica de la ostra, por el vizconde de San Javier, pág. 231.  
Estudios arqueológicos.—El ladrillo, por el vizconde de San Javier, página 235.  
El desafío de una mujer. Episodio de los baños de Spá, pág. 237.  
La iglesia de Leon (Bélgica), pág. 242.  
Del Islamismo ó religion de Mahoma, y de la literatura turca, por don Salvador Costanzo, pág. 242.  
Miscelánea de sucesos históricos.—De los desafíos, su origen y desgracias acaecidas en algunos de los mas notables, por don Dionisio Chaulié, págs. 245, 281.  
Pascos por el antiguo París. La calle Brise-Miche, por V. Journal, página 252.  
El Padre nuestro, por don Ildefonso Bermejo, págs. 254, 265.  
El huracán de Calcuta, pág. 259.  
Antigüedades de Caldas de Monbuy (Cataluña), por don F. Janer, página 270.  
Poesía pastoril, por B., pág. 272.  
Pedro el Simplon, por J. M. D., página 274.  
Nicolás Flamel y su libro misterioso. Leyenda del siglo XIV, por don Salvador Costanzo, pág. 288.



# INDICE

## DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- El cuento, por Steinle, página 1.  
 Retrato de Meyerbeer, pág. 9.  
 Este pistolin, dijo, es una invencion nueva, muy notable, pág. 16.  
 Escenas sobre el puente de El Persia, en un dia de mar tranquilo, pág. 17.  
 Restos de un puente morisco sobre el Darro, pág. 24.  
 Jacinto Rigaud, segun su retrato hecho por él mismo, pág. 25.  
 Vista de Nueva York, tomada desde Brooklyn, pág. 36.  
 Broadway, en Nueva York, pág. 37.  
 Los niños en el bosque, pág. 44.  
 La casa de Pilato en Sevilla.  
 El pico de Roca-Corva en el Delfinado, página 49.  
 Iglesia de la Trinidad en Nueva York, tomada de Wall Street, pág. 60.  
 Predicador negro, pág. 61.  
 Jesus en casa del carpintero José, página 69.  
 El zapatero y su hijo, pág. 72.  
 X... y su hija, pág. 73.  
 El facultativo y la loca, pág. 77.  
 Vista del canal y de una parte de la isla de Staten, en Nueva York, página 88.  
 Combate de bomberos en Nueva York, página 89.  
 Museo Barnum.—El arca de Noé, página 93.  
 Indios: osaje, chipaway, iroqués, cho-to, jefe mandou, sioux, pág. 96.  
 Retrato de Felipe II, pág. 97.  
 La ribera de Hudson, entre Nueva York y Albany, pág. 194.  
 Batalla de Austerlitz, pág. 108.  
 Batalla de la Mosckowa, pág. 109.  
 Iglesia de San German en Lieja (Bélgica), pág. 120.  
 El marabut Sidi-Ali de Constantina, página 121.  
 La gruta de los Vientos, pág. 132.  
 Caída del Niagara, pág. 133.  
 Iglesia de San Antonio de Padua, página 137.  
 Comedor del Gran Hotel de Paris, página 144.  
 Lilia distribuyendo el grano, pág. 145.  
 Un regimiento de músicos en Nueva York, pág. 150.  
 El Monitor y el Merrimat, el Magenta, página 152.  
 Pérdida del Monitor, página 153.  
 El coronel y el sepulturero, pág. 155.  
 Repetición de la música, pág. 168.  
 La fiesta de la siega en Polonia, página 169.  
 Bellange, retrato del natural, pág. 176.  
 Episodio de Waterloo, pág. 177.  
 Los dos amigos, pág. 180.  
 Antiguo tribunal de Cuentas de Normandia, en Rouen, pág. 189.  
 Mitología moderna.—El juicio de Paris, pág. 192.  
 Vendedora de palomas, pág. 193.  
 El castillo de la Ferte-Milon, pág. 204.  
 La iglesia de Nuestra Señora de la Ferte-Milon, pág. 205.  
 Coebergher, artista flamenco del siglo XVI, pág. 209.  
 Hotel de Nassau, en Nuremberg, página 216.  
 Fachada de Federico IV, del castillo de Heidelberg, pág. 217.  
 Segadores de los Alpes (canton de Uri, en Suiza), pág. 225.  
 Vendedora de ostras y pescados en el mercado de los Inocentes en Paris, página 232.  
 Fábrica de ladrillos de Mr. Pérreire, en el Havre, pág. 236.  
 Copia de un cuadro francés, presentado en la Esposicion de Pinturas del año 1864, pág. 240.  
 El tabernáculo y facistol de la Iglesia de Leon, pág. 243.  
 Calle de Brise-Miche, pág. 253.  
 Fernando, Cecilia y Carlota, sorprendidos por la tormenta, pág. 256.  
 El huracan de Calcuta, pág. 260.  
 Las sombras reveladoras, pág. 264.  
 El sueño de Carlota, pág. 265.  
 Escena pastoril, copia de un cuadro de Huet, pág. 273.  
 ¿Cuánto quieres por ese armazon de huesos? preguntó el chiquillo, página 277.  
 Dénse vds. las manos.... están disputando sin motivo, pág. 280.  
 Pedro habia olvidado que la *Cármén* era una fragata de vapor, pág. 281.  
 Mitología moderna. El suplicio de Tántalo, pág. 290.